

Llegar de dar al árabe escarmiento,
Con garfios, con espadas y ballestas
Acomete á Agramante, que no sabe
Como ó donde evitar riesgo tan grave.

A impulso de las máquinas funestas
Destrozada este rey ve cada nave,
Que, en sus tablas rajadas y entreabiertas
Al espumante mar abre mil puertas;
En tanto que la llama destructora,
Pronta á encenderse y á apagarse tarda,
Velas, remos y mástiles devora.

A tantos riesgos juntos, se acobarda
Y trata de escapar la gente mora.
Por el hierro enemigo
Uno acosado, entre las ondas muere.
Otro, nadando, quiere
Ir á encontrar en otra barca abrigo;
Mas esta, ya cargada hasta el exceso,
Poco dispuesta á acrecentar su peso,
Repele al que subir en ella intenta;
Y, la mano cortándole, le arroja
En el mar, cuyas ondas ensangrienta.

Otro, que en él pensó salvar su vida,
O hacer su muerte un tanto ménos cruda,
Viendo en fin que el nadar poco le ayuda,
Y que el aliento y el vigor le falta,
Hacia las llamas, de que huyó, temiendo
Perecer en las ondas, vuelve; salta
Sobre encendido leño, y no queriendo
Ni en la onda ni la llama hallar la muerte,
Perece entre las dos. Mas de uno, huyendo
De las piedras y dardos
Que los de Cristo arrojanles gallardos,
¡Cuitado! al mar su salvacion confia.
Mas ya empiezo á temer que la voz mia
Fastidio os llegue a dar; y por lo tanto
A poner voy, señor, fin á este canto.

CANTO XL.

Fuga de Sobrino y de Agramante. — Asalto de Biserta. — Brandimarte penetrá en la ciudad. — Corren á su socorro Orlando y otros guerreros. — Incendio de Biserta. — Topan Agramante y Sobrino en una isla con Gradaso. — Desafian estos tres reyes á Orlando, el cual escoge por compañeros á Oliveros y á Brandimarte. — Batalla de Dudon contra Roger. — Dispónese este último á volver á Francia.

Allende que de aquel naval conflicto
Largo fuera contar todos los casos,
Narrároslos á vos empresa necia
¡Oh noble prole de Hércules invicto!
Fuera, como llevar á Sámos vasos,
Murciélagos á Grecia,
Y caimanes al Nilo; pues, bizarro,
Con vuestros ojos visteis
Y ver al mundo hicisteis
Combates cual el que de fama narro.

Grande y noble espectáculo á los ojos
De vuestro fiel ejército ofrecisteis,
Las enemigas velas incendiando,
Y junto al Po cargándoos de despojos.
Los aires llena funeral lamento,
Púrpura tiñe el húmedo elemento,
Y alegre vuestro pueblo al otro advierte
Luchar contra mil géneros de muerte.

Yo no lo ví, señor; pues que, partido
Seis dias ántes, sin descanso corro,
Y á los pies del pontífice romano
Fui á postrarme y á pedir socorro,
Que obtuve, mas en vano,
Pues ántes de mi vuelta uñas y morro
Al leon de san Marcos refrenasteis,
Y tornar á ofenderos le vedasteis.

Nada vi pues. Mas Alfonsino, Troto

Anibal, Pedro Moro, Alfronio, Alberto,
Tres Ariostos, un Bagno, un Zerbinoto,
Testigos de ello, me lo dan por cierto,
Y afirmanlo ademas tantas banderas
Que de vuestra ciudad ornan el templo,
Y las quince galeras
Que, con otros mil buques, os contemplo
Cautivas conducir á estas riberas.

Solo quien vido el memorable ejemplo
Que justo disteis al contrario impio,
Destruyendo hasta su último navio,
Figurarse podrá todo el espanto
Que causa de Dudon la bella flota
Al pueblo de Agramante, que la nota
Llegar envuelta en tenebroso manto.

Es oscura la noche: ningun astro
Su haz sobre las ondas reverbera;
Mas de azufre y de pez inmensa hoguera
Deja tras si tan luminoso rastro,
Que á ambas huestes, con cólera ó con gozo,
Permite contemplar tanto destrozo.

Agramante, que, vista
La oscuridad, en el primer momento
Espera que el contrario no le embista,
O, si esto aviene, resistir, de intento
Cambia, al ver con dolor y maravilla
Que doble del de aquellas que acaudilla
De las contrarias naves es el cuento.

De muy pocos seguido, en leve barca,
Do su corcel y su tesoro encuentra,
Salta en silencio el musulman monarca,
Y entre las naves enemigas huye,
Mientras á las suyas traga el mar, y mientras
A la chusma infeliz Dudon destruye.

Huye Agramante, causa del naufragio,
Y huye con el Sobrino,
Que este triste destino
Le anunció con fatidico presagio.

Mas volvamos á Orlando, á quien importa
Poner fin de una vez á tantas lides.

A Astolfo pues exhorta
A asaltar de Biserta la muralla,
Y órden á sus bravos adalides
Y un plazo de tres dias
Da para apercibirse á la batalla.

Conservado el inglés con este objeto,
Al dar los otros á Dudon, habia
Gran parte de sus buques, que confia
Al jóven Sansoneto,
Que, experto sobre el mar como en la tierra,
Las anclas echa al frente de la villa
Distante della apenas una milla.

Sin el apoyo de su Dios, Orlando
Y Astolfo á riesgo alguno
No queriendo exponerse, por un bando
Hacen público á todos su deseo
De que con oracion y con ayuno
Se prepare cada uno
Al asalto, al incendio y al saqueo.

Al mandato de Astolfo se conforman
Paladines, barones y soldados;
De parientes, de amigos y allegados
Festivos grupos por do quier se forman,
Y, sus exhaustos cuerpos restaurando,
Entre el placer se abrazan, sollozando
Cual aquel que de prenda á su alma cara,
Sin saber hasta cuando, se separa.

Dentro á Biserta en tanto
Los sacerdotes, entre chusma inquieta,
Invocan confundidos al Profeta,
Que sus ruegos no escucha ni su llanto.
¡Cuánto voto! oh Dios, ¡cuánto
Don cada cual hace en su foro interno!
¡Cuántos templos y altares
Se alzan por la ciudad, padron eterno.
De terrores, de angustias y de azares!

De su cadí la bendición recibe
El misero sectario de Mahoma,
Y para ir á morir sus armas toma.

En su lecho de rosas todavía
La bella Aurora con Titon yacia,
Cuando armados Astolfo y Sansoneto,
Cada cual por un lado, al parapeto
Con sus gentes llegaron,
Y á una señal del conde
A Biserta con impetu asaltaron.

Por dos lados el mar los muros baña
De esta antigua ciudad, que, construida
Con solidez y arquitectura extraña,
Se halla por otros dos mal defendida;
Pues obligado á refugiarse en ella
Bransardo ha poco tiempo,
Medio alguno no halló de reponella.

De arcos y hondas armada, su milicia
Forma el rey de Nigricia,
Por orden del inglés, en frente al muro,
Y de piedras, de dardos y ballestas
Llover hace tal nube
Sobre las gentes asediadas, que estas
No pueden resistir á la enemiga,
Que al pié llega del muro. Cual cargado
De un tablón, de una peña, de una viga,
U otro objeto pesado,
En el foso lo arroja, desaguado
Desde el día anterior, y en breve lleno
Al nivel del terreno.

Viéndolo Orlando, Astolfo y Oliveros,
Mandan dar el asalto á sus guerreros.

Impaciente el de Nubia, á quien anima
Del botín prometido el aliciente,
Sin pensar cuanto el riesgo es inminente,
Formando la tortuga, se aproxima,
Y con arietes é instrumentos corre
De hundir capaces la mas firme torre.

Desde lo alto las gentes sarracenas
Fuego, hierro, penascos y hasta almenas,
Lanzan, rompiendo con fragor extraño
Las máquinas dispuestas en su daño.
Mucho sufrió la gente bautizada
Mientras duró la oscuridad; mas luego
Que el sol salió de su húmeda morada,
Contraria la fortuna
Volvió la espalda al de la media luna.

La lucha Orlando, con constancia terca,
Seguir hace en la tierra y en las ondas.
En esto con la armada allí se acerca
Sansoneto, y con arcos y con hondas
Ataca á los que ve sobre el baluarte,
Y escalas y pertrechos de marina
A los que han dellos menester reparte.
Oliveros, Orlando, Brandimarte
Y aquel que estuvo en la mansion divina,
De una cohorte cada cual al frente,
Por la parte de tierra
Siguen haciendo encarnizada guerra,
Y de su esfuerzo, por distintos puntos,
Mas pruebas dan que si lidiaran juntos;
Pues, así separada, es mas notoria
De todos ya la mengua ya la gloria.
En este tiempo, de soldados llenas,
Sobre ruedas montadas,
O á lomo de elefantes transportadas,
Mil máquinas asaltan las almenas.

Brandimarte, el primero, contra el muro
La escala apoya. Con audacia extraña
Se lanza, ufano y de vencer seguro,
Tras él el escuadrón que le acompaña;
Y, en su entusiasmo, ni siquiera advierte
Si la escala es ó no bastante fuerte.

A lo alto della llega Brandimarte;
Con manos y con pies ase el baluarte,
Salta sobre él, y su valor señala,

Que, dando del mas de una heroica prueba,
 La ruina y el terror consigo lleva.
 Mas en esto rompiéndose la escala,
 Que soportar no puede tanto peso,
 En el foso envuelta y confundida
 Arroja á aquella multitud ardida.
 Sin aflojar en ánimo por eso,
 Dar el héroe hácia atrás no piensa un tranco,
 Y, de las armas enemigas blanco,
 Solo, resuelve proseguir la lucha.
 Gritale el pueblo franco
 Que vuelva atrás; mas él su voz no escucha,
 Y desde el muro, treinta brazas alto,
 Audaz se arroja en la ciudad de un salto.
 Cual si cayera sobre pluma ó paja,
 Llegando al suelo sin hacerse daño,
 De cuantos ve las armas rompe y saja,
 Cual si, de hierro en vez, fueran de paño.
 Por do quiera que va, maltrata, hostiga
 A la gente enemiga, que huye, en tanto
 Que la suya por él tiembla de espanto.
 De boca en boca en breve aquesta nueva
 Por el campo francés la fama lleva,
 Y, del guerrero exagerando el riesgo,
 Veloz sus alas bate,
 Y hácia los puntos con distinto yugo
 Va donde, ya el inglés, ya el conde Orlando,
 Ya Oliveros sostienen el combate.

Todos ellos, y Orlando sobre todo,
 Que á Brandimarte aprecian, conociendo
 Que, á no hacerlo en el acto, no habrá modo
 De libertarle luego de este apuro,
 Nuevas escalas echan, y, subiendo
 Con noble emulacion al alto muro,
 A miles de enemigos acobarda
 Cada cual con su faz noble y gallarda.

Cual á indefensa nave,
 Cuyo patron, amedrentado y triste,

Como oponerse á su furor no sabe,
 Ora por proa, ora por popa embiste
 La onda que, al fin logrando abrirse paso,
 Al mar da entrada en el quebrado vaso;
 Así, tras de los inclitos guerreros
 Al baluarte llegados los primeros,
 Por las escalas sin esfuerzo sube
 De armada multitud cuajada nube.
 Los arietes en esto con fracaso
 Rompen por varios puntos el baluarte,
 Dejando abierto paso
 Para ir á socorrer á Brandimarte.
 Cual, sus diques y márgenes rompiendo,
 De los rios indómito el monarca
 Camino se va abriendo
 De Ocno por medio á la feraz comarca,
 Envolviendo en sus ondas
 Al pastor, á su choza, á sus ganados,
 Y de los campos las espigas blondas,
 Y de los altos olmos, habitados
 En otro tiempo por aladas tropas,
 Hace nadar los peces por las copas;
 Así, no viendo á su furor ya coto,
 Salta la altiva grey al muro roto,
 Y con mano violenta
 Causando estrago va y carnicería
 Por la ciudad suntuosa y opulenta,
 Del África señora hasta aquel día.

De las víctimas de este horrendo estrago
 La sangre el suelo tiñe,
 Formando un rojo lago,
 Cual aquel que de Dir el reino ciñe.
 Pórticos, templos y palacios hunde
 Llama voraz, que aterradora cunde,
 Y de los techos medio derruidos
 Salen lamentos, ayes y gemidos.
 A traspasar las puertas se apresura
 En este tiempo el vencedor, cargado

Ya de un vaso sagrado,
Ya de oro, ya de rica vestidura.
Los robos, los estupros, de que oyeron
Una parte narrar, ni el conde Orlando,
Ni el duque inglés hacer cesar pudieron.

Oliveros gallardo
Sin vida á Bucifar al suelo lanza,
Y, abandonando al fin toda esperanza,
Con mano propia mátase Bransardo.
En tres parajes hiere
El duque del Leopardo
A Folvo, que, cautivo, á poco muere.

Tal fué la suerte de los tres caudillos
Que dió Agramante á la africana hueste.
Desde léjos aqueste,
Que con Sobrino abandonó la flota,
El vasto incendio nota,
Y, acercándose luego hácia Biserta,
De su ruina oye hablar cual cosa cierta.
Desesperado entonces, y dispuesto
A morir, iba él mismo á darse muerte;
Mas Sobrino le veda que el funesto
Plan que le inspira su furor realice.

« ¿Quieres, señor, » le dice,
« Del puñal contra tí volviendo el filo,
« Dejar por siempre en Africa tranquilo
« Al frances, que gozar de su conquista
« Jamas podrá, mientras Agramante exista?
« A tus súbditos tú, muriendo, privas
« De la esperanza, su único tesoro;
« Que aun esperan, señor, que, como vivas,
« La dicha has de volver al pueblo moro.
« Con tu muerte cautivas
« Y tributarias quedarán tus gentes.
« Si por tí pues apego
« A la vida no sientes,
« Por nosotros consévala, te ruego.
« Del egipcio sultan, que es tu vecino,

« Puedes contar con gente y con dinero;
« Pues sin temor no puede, á lo que infiero,
« Ver en África al hijo de Pepino.
« Lo mismo hará tu deudo Noradino,
« Y á tu auxilio vendrán, si lo requieres,
« De regiones diversas
« Huestes armenias, árabes y persas. »
Con tales ratiocinios

Exhorta al jóven rey el sabio viejo
A conquistar de nuevo sus dominios.
Mas, al dar á Agramante este consejo,
No se le oculta cuan difícil cosa
Fué siempre recobrar perdidos fueros,
Y cuanto es peligrosa
Llamar por recobrarlos á extranjeros
A Aníbal, á Yugurta, á mil nos muestra,
En fe de esta verdad, la edad antigua.
Y Luis Moro en la nuestra,
De otro Luis puesto en manos, lo atestigua.
A Alfonso, vuestro hermano, oh señor mio,
Como testigo de mi aserto invoco,
Que, ajeno amparo reputando en poco,
Nunca fió mas que en su propio brio.
Así fué que en la guerra que movida
Le fué del papa por la injusta saña,
Bien que débil contempla y reducida
La gente que sus pasos acompaña,
Y de su propio estado
Al que le puede defender lanzado,
Ni á amenazas cedió, ni á sugestiones,
É íntegras conservó sus posesiones.

La proa de su buque hácia Levante
Dirigiendo Agramante,
Se lanza en alta mar, cuando, la vista
Al cielo alzando, el práctico piloto
« Próxima, » dice, « una borrasca noto
« A la cual dudo que el bajel resista.
« Si seguir no os desplace mis consejos,

« A mano izquierda una insula, no léjos
 « Se halla de aquí : la nave en ella atraque
 « Hasta tanto que el mar su furia aplaque. »
 Ansioso el rey de conjurar su riesgo,
 Rápido tuerce de su nave el sesgo
 Hacia la isla, situada felizmente
 Entre el suelo africano
 Y las inmensas fraguas de Vulcano.
 De humilde enebro y de arrayan cubierta,
 Al ganso, al corzo y á la liebre asilo
 Da cómodo y tranquilo
 Esta tierra desierta,
 Tan solo conocida
 De alguno que otro pescador, que á veces
 Su red allí viene á enjugar, en tanto
 Que en torno en dulce paz duermen los peces.
 Al rey allí de Sericania hallaron,
 Que desde Francia vino
 Impelido tambien por su destino.
 Con amistoso gesto le abrazaron
 Agramante y Sobrino,
 Que no ha mucho con él riesgos y apuros
 Corrieron de Paris bajo los muros.
 De Agramante el fracaso
 Escucha con disgusto al rey Gradaso.
 Animale cortes, y su corona
 Por ayudarle á recobrar, le ofrece
 Sus tesoros, su espada y su persona.
 « Mas ariesgado, » añade, « me parece
 « Ir al Egipto á demandar socorro;
 « Que de Pompeyo el deplorable ejemplo
 « En circunstancia igual, oh rey, contemplo.
 « Y pues me has dicho que del rey de Etiopia
 « De súbitos armada inmensa copia
 « A Libia, cuya corte ha destruido,
 « Con el britano príncipe ha venido,
 « Y con Orlando, ha poco
 « Privado de razon, ó me equivoco,

« O un eficaz remedio
 « A darte agora voy contra tu tedio.
 « Al conde Orlando, por tu amor, me obligo
 « A provocar á singular batalla,
 « Cierto de darle un ejemplar castigo,
 « Las armas destrozándole y la malla.
 « Muerto el de Anger, de los demas guerreros
 « De la hueste cristiana hago yo el caso
 « Que el lobo de los tímidos corderos ;
 « Y fácil cosa ser ademas debe
 « De Libia á los de Nubia echar en breve.
 « Hay en Nubia otro rey, cuyos vasallos
 « Del Nilo ocupan la ribera opuesta,
 « Y adoran otro dios. La gente aquesta
 « A la árabe, provista de caballos,
 « A la Macrobia numerosa y rica,
 « Reuniré, y la persa á la caldea
 « (Que á todos estos pueblos y otros varios
 « Rige mi cetro), y en tan cruda guerra
 « Los pondré contra nuestros adversarios,
 « Que haré que tornen estos á su tierra. »
 A Agramante oportuna
 Del rey Gradaso pareció la oferta ;
 Mas, gracias tributando á la fortuna,
 Que le condujo á la insula desierta,
 Sufrir no quiere por ningun estilo
 (Ni aun por hacerse dueño de Biserta)
 Que el combate por él Gradaso trabe,
 Haciendo á su valor ofensa grave.
 « Si al conde Orlando, » dice, « alguien provoca,
 « Yo soy aquel á quien tal cargo toca ;
 « Pronto estoy pues ; ya próspera, ya aciaga,
 « Mi suerte el Dios de los combates haga. »
 « Conciliar bien podemos, »
 Dice Gradaso, « todos los extremos
 « Juntos los dos á Orlando,
 « Junto con otro paladin, retando. »
 — « Poco, con tal de ser de la batalla.

« Me da ser el primero ó el segundo, »
Dice Agramante; « que en valor no se halla
Fácilmente tu igual en todo el mundo. »

— « ¿Nada yo pues, » dice Sobrino; « valgo?
« Si débil os parezco acaso y viejo,
« Pensad que en los peligros valen algo
« El saber, la experiencia y el consejo. »

De una vejez intrépida y robusta
El rey Sobrino, dió mas de una prueba
De que el esfuerzo de la edad vetusta
Tal vez al par del juvenil se eleva.
Su demanda á los dos parece justa,
Y, sin tardar, deciden que se envíe
Quien en su nombre á Orlando desafie,
Y le diga que, armado,
Acuda al punto con los dos que escoja
De Lampedusa hácia el peñon, bañado
Por las ondas del mar que á Libia moja.

Con la presteza, pues, que el caso exige
Bogando el mensajero, se dirige
Hácia Biserta, donde encuentra á Orlando
De los vencidos dando
El botin á la hueste vencedora.

Con su trompa sonora
La fama cuenta el reto de Agramante;
Del cual siente tal júbilo el de Anglante,
Que colma de presentes y acaricia
Al nuncio que le trajo esta noticia;
Pues oyendo ántes de hoy que de Gradaso
Se halla en poder la ilustre Durandarte,
Y que aquel del Ocaso
Dejó los reinos, ir se proponia,
Tras él, al reino donde nace el día.
Mas cerca viéndole hoy, la espada suya
Hacerle espera ya que restituya,
Y con placer acepta este convite
Que de las manos del monarca moro,
Con la trompa de Almonte, á Briadoro



Orlando y los caballeros á orillas del mar. (T. II, p. 353)

Recuperar á un tiempo le permite.
 Por compañeros en la lid elige
 A su fiel Brandimarte y su cuñado,
 De ambos los cuales el valor conoce,
 Y el firme amor que siempre le han mostrado.
 Lanzas, espadas, cotas y broqueles
 Busca ansioso después por todos lados,
 Pues ni él ni sus amigos denodados
 Tienen allí sus armas y corceles.

En su locura, cual sabeis, Orlando
 Sus armas todas esparció por tierra.
 Las de los otros, junto al puente infando,
 La antigua torre del de Argel encierra;
 Y fácil no es en África adquiririllas,
 Pues las pocas que habia dió Agramante
 A los que á hacer la guerra
 Fueron con él de Francia á las orillas.

Limpias ó no, recoge en este instante
 Cuantas encuentra el paladin de Anglante,
 Y del campo partiéndose, á tres millas
 Era llegado ya, sobre el combate
 Con sus dos compañeros razonando,
 Cuando, la vista alzando,
 Un leño ve que á todo trapo viene,
 Sin pasajeros ni patron. De Eolo
 Por la violencia conducido solo,
 Tocando en la ribera, se detiene.

Mas antes que de la infelice gente
 Hable, señor, que este bajel conduce,
 Mi ardiente afecto hácia Roger me induce
 A que algo dél y de Reinaldo os cuente.

Al ver este y aquel, si bien me acuerdo,
 Interrumpido el singular certámen,
 Convienen uno y otro en que no es cuerdo
 Que así su sangre en su furor derramen,
 Hasta saber quien es, si el moro ó Cárlos,
 El que el pacto rompió por separarlos.
 Buscando, pues, con detenido exámen

Iban la causa de esto, cuando llega
 Hacia Roger un servidor celoso
 Que, en medio á aquel desórden espantoso,
 De vista no perdiéndole, le entrega
 Su espada y su corcel, y que le ruega
 Corra á alentar el ánimo indeciso
 De su hueste infeliz. En la refriega
 Parte, empero, tomar Roger no quiso,
 Y, montando á caballo,
 Se aleja, luego que de nuevo jura
 Que si á la mora gente halla perjura,
 De su rey dejará de ser vasallo.
 Mezclarse, pues, no quiere
 En la batalla; mas aguarda atento
 Encontrar á la postre quien le entere
 De por quien fué violado el juramento.
 De cuanto escucha infiere,
 Que fué su rey el agresor. Amargo
 Por tal causa se le hace, sin embargo,
 Abandonar al dueño á quien estima;
 Mas, desde la alta cima
 De la voluble rueda, á lo profundo
 Lanzada en esto fué la gente mora
 Por la diosa fatal que rige el mundo.
 Qué partido tomar Roger ignora.
 El amor de su dama
 Tornar de nuevo al África le impide,
 Le agita, le acongoja, y con castigo
 Bárbaro le amenaza, como olvide
 La palabra que ha dado á su enemigo.
 Por otra parte inquiétale el recelo,
 Si á Agramante abandona en este día,
 De que haya quien lo impute
 A mezquino interés ó á cobardía.
 Si unos la causa aplauden que le mueve,
 Mil otros la verán con gran disgusto,
 Y dirán que cumplirse nunca debe
 Lo que jurar no es lícito ni justo.

Todo aquel día y parte del siguiente
 A su dudosa mente
 Animo á solas y consejo pide,
 Y á la libica costa finalmente
 A seguir á su dueño se decide;
 Que si es grande su amor, es todavía
 Mayor la fe que á su señor tenía.
 Hallar en Arles una flota espera
 Que le conduzca de África á los puertos;
 Mas ni una nave advierte en la ribera.
 Ni agarenos advierte, á no ser muertos.
 Frustrado pues su plan, tuerce la huella,
 Siguiendo el litoral hasta Marsella,
 Donde encontrar no duda alguna nave
 Que, de bueno ó mal grado,
 Le transporte del mar al otro lado.
 Mas de este puerto en lo interior no cabe
 La formidable armada
 Que conduce á la bárbara apresada.
 De naves vencedoras y vencidas
 Y de vencida y vencedora gente
 Cubierto se halla el mar completamente.
 Por Dudon conducidas
 (Excepto algunas que escapar pudieron)
 Fueron allí cuantas al rudo estrago
 De la noche fatal sobrevivieron.
 Con mudo labio y rostro dolorido,
 Entre su rota gente allí yacian
 Siete africanos reyes, que se habian
 Con siete naves al Danes rendido.
 Dudon, saltando á tierra, se adelanta,
 De hallar á Carlos lleno de deseo;
 Sus cautivos preséntale, y levanta
 Con su botín magnífico trofeo,
 En torno al cual alegres los de Nubia,
 En voces que hasta el cielo se elevaban,
 El nombre de Dudon preconizaban.
 Estas naves Roger de léjos nota,

Y súbito concibe la esperanza
De que ser pueda la agarena flota.
Mas su engaño conoce cuando avanza
Y ve, de su derrota en testimonio,
Con frente humilde y pálido semblante,
A Balastro, á Agricalte, al Nasamonio,
Al audaz Rimedonte, á Bambirago
Y á Manilardo, en fin, y á Garamante.

Roger, que los aprécia, no consiente
Verlos mas tiempo en tan penoso estado;
Y sabiendo que el ruego es impotente
Si del valor no viene acompañado,
Su fuerte lanza intrépido enarbola,
A cuantos mira en derredor inmola,
Y su espada sacando, en un momento
Sin vida en tierra arroja á mas de ciento.

Bien que á su autor reconocer no puede,
Dudon oye el rumor, nota el estrago,
Y ve el pavor aciago
A que la turba dispersada cede.
Ármase presto, su broquel embraza,
Su yelmo ciñe, su caballo monta,
Haciendo luego despejar la plaza,
Al combate se apronta;
Y al recordar que es paladin de Francia,
Su lanza enristra lleno de arrogancia.

Roger, que en tanto á mas de cien dió muerte,
Y con ella esperanza á los cautivos,
Cuando llegar advierte
A Dudon solo, alzado en los estribos,
Pues á pié de su gente el resto viene,
No duda que al caudillo que la rige
Ante sus ojos tiene,
Y contra él animoso se dirige.

Lo mismo hace Dudon; mas cuando alcanza
A ver que el buen Roger viene sin lanza,
Largo trecho de sí la suya arroja,
Que el lidiar con ventaja le sonroja.

Tan noble accion suspenso
Deja á Roger, que dice: « A lo que pienso,
« Este es de aquellos héroes esforzados,
« Paladines de Francia apellidados.
« Antes de combatir á ese guerrero,
« Saber su nombre, si es posible, quiero. »
Pregúntaselo pues,

Y oyendo que es Dudon de Dinamarca,
Satisface á su súplica, y cortes
Su nombre revelándole, el asalto
Los dos empiezan con el brazo en alto.

Trae el hijo de Oger la férrea maza,
Que tantas veces le cubrió de brillo,
Y con que deja ver que es de la raza
De tan audaz dinamarques caudillo.
Roger la espada lleva,
A la cual ni coraza

Ni yelmo nunca resistió, y haciendo
Con ella de valor va insigne prueba.
Perfectamente, empero, conociendo
De las casas mas célebres de Francia
Con su querida dama el parentesco,
Sabe bien que Armelina,
Madre del bravo principe tudesco,
Hermana fué de Beatriz, y opina
Que si la sangre de Dudon derrama,
Ofenderá á la virgen á quien ama.

Por esto, pues, de punta herir no quiere,
Y solo rara vez de plano hiere,
El valiente Roger, que de la maza
Con su espada los impetus rechaza.
Turpin nos asegura
Que á su impulso Dudon quedara muerto,
Si aprovechar Roger la coyuntura
Quisiera, al ver su pecho descubierto.

De plano solo, por no hacerle daño,
Tócale pues; mas con fragor extraño,
Y con tal fuerza á veces, que, mas de una,